

ANÁLISIS DE LA RESPUESTA ANTIESCÉPTICA DE BERKELEY: DEL CONOCIMIENTO Y EL SENTIDO COMÚN

José Leonardo González
jlgonzalezv@unal.edu.co
Universidad Nacional de Colombia

Resumen: El objetivo de este texto es examinar la respuesta antiescética de Berkeley. En la primera parte mostraré las consecuencias escéticas del pensamiento de Locke. En la segunda parte analizaré la respuesta de Berkeley a Locke. Finalmente, en la tercera parte, examinaré si la respuesta de Berkeley es capaz de erradicar el escepticismo.

Palabras clave: escepticismo, Berkeley, Locke, representacionalismo, sustancia.

Abstract (*Analysis of Berkeley's Antiskeptical Response*): The purpose of this text is to examine the Berkeley's antiskeptical response. First, I will show the skeptical consequences of Locke's thought. Second, I will analyze the Berkeley's reply to Locke. Finally, I will examine if Berkeley's reply can get rid of skepticism.

Keywords: skepticism, Berkeley, Locke, representationalism, substance.

El contenido de este pequeño libro [...] [es] particularmente para aquellos que sienten el vértigo y la seducción del escepticismo [...]

Berkeley, *Tratado*, Prefacio

[...] [V]emos que la gran masa de iletrados que forman el vulgo, el incontable número de los que desarrollan su vida mental dentro de los senderos trillados del sentido común [...], no les aqueja falta alguna de evidencia en sus sentidos y están por completo a salvo de llegar a ser escépticos

Berkeley, *Tratado*, Introducción §I, énfasis mío

El objetivo de este ensayo es analizar y poner a prueba la respuesta antiescética de Berkeley. Para ello dividiré el ensayo en tres partes: (i) la primera tiene que ver con un análisis del pensamiento lockeano y la razón por la cual éste cae en el escepticismo. (ii) En la segunda parte me detendré a tratar la respuesta de Berkeley a las tesis lockeanas. (iii) Finalmente, me ocuparé de examinar si tales respuestas realmente logran erradicar el fantasma del escepticismo.

I. LOCKE: REALISMO Y ESCEPTICISMO

Esta primera parte está dividida en dos secciones. En la primera examinaré las tesis realistas (ontológicas y epistemológicas) de Locke; en la segunda sección mostraré las razones por las cuales dichas tesis caen inevitablemente en el escepticismo.

I.1. EL REALISMO ONTOLÓGICO Y EPISTEMOLÓGICO

La filosofía lockeana podemos caracterizarla como un realismo tanto ontológico como epistemológico, pues, según Locke, existen sustancias materiales independientes de una

mente (tesis ontológica) y además tenemos ideas de cierto tipo de cualidades —cualidades primarias— que representan a los objetos exactamente (tesis epistemológica). Sin embargo, la tesis ontológica nos compromete con el dualismo sujeto-objeto, y la tesis epistemológica nos conduce al representacionalismo. En lo que sigue me detendré a examinar (i) el dualismo ontológico y (ii) la tesis del representacionalismo.

i. Compromiso con el dualismo ontológico: la substancia material

Para Locke existe un tipo de idea compleja que es la substancia. Esta idea tiene como función darle unidad al conjunto de cualidades: la substancia sería aquello que da soporte a las cualidades de un cuerpo. Así, la única manera de cohesionar tales cualidades que percibimos es presuponiendo o *infiriendo* una substancia material.

Además de esto, cabe resaltar que Locke desde el inicio del Libro II se pregunta por el origen de las ideas (cf. *Ensayo* IV i §2-§5), y la misma formulación de esta pregunta lo lleva a presuponer la existencia de los objetos externos, los cuales originan ideas de sensación. Por esta razón es que Locke necesita suponer un soporte ontológico que responda a la pregunta por el origen de las ideas de sensación. Tal soporte ontológico es precisamente la postulación de la substancia como causa de nuestras ideas (de sensación).

Ahora bien, como ya lo dije, este compromiso ontológico lo lleva a adoptar un claro dualismo sujeto-objeto: el sujeto tiene un estatus ontológico distinto al objeto, pues tanto el sujeto como el objeto existen independientemente el uno del otro.¹

ii. Compromiso epistemológico representacionalista: cualidades primarias y secundarias

Con el dualismo sujeto-objeto, Locke se ve obligado a aceptar que lo que ocurre en la mente son *ideas*, cuyo origen son las cualidades de un objeto (substancia) exterior (cf. *Ensayo* II viii §7-§8). Pero esto nos conduce al problema del representacionalismo: ¿cómo puedo saber si cierta idea que tengo es una representación exacta de una cualidad del objeto? Pues bien, Locke soluciona esto apelando a una distinción entre *cualidades primarias y secundarias* (cf. *Ensayo* II viii §9-§26): las primeras son aquellas enteramente inseparables del cuerpo o que pertenecen realmente al objeto y, además, sus ideas correspondientes son *semejanzas* de estas cualidades y por tanto son *objetivas*. Las cualidades secundarias, por su parte, no pertenecen al objeto mismo, y sus ideas correspondientes dependen de la relación que se dé entre el sujeto y el objeto (cf. Hoyos 2003 176) y, por tanto, las cualidades secundarias no pueden ser *objetivas* propiamente.

Si esto es así, Locke cree poder decir que las ideas correspondientes a las cualidades primarias son ideas que representan el objeto en sí, y por tanto, sí podemos tener acceso a la naturaleza real de los objetos. Sin embargo, el representacionalismo tiene una pequeña condición. Centrémonos un momento en el objeto del conocimiento: *las ideas son el objeto del acto de pensar* (*Ensayo* II i §1). Con esta afirmación puede decirse que sólo podemos conocer por medio de ideas, o mejor, que cuando intentamos conocer lo hacemos a través de ideas

¹ Esta idea será reafirmada con el idealismo trascendental de Kant, para quien existe un nexo *epistémico* indisoluble entre el sujeto y el objeto: el objeto es objeto de un sujeto, y el sujeto es un sujeto de un objeto. Pero *ontológicamente*, existe una dualidad insalvable entre el sujeto y la *cosa en sí*.



y no directamente con los objetos. Esto nos conduce al “velo de las ideas”: si aceptamos el representacionalismo, nos vemos obligados a aceptar también que nuestro conocimiento sólo es de ideas. Luego siempre habrá un contacto indirecto entre nosotros (sujetos) y los objetos.

1.2. LAS CONSECUENCIAS ESCÉPTICAS DEL PENSAMIENTO LOCKEANO

Ya hablamos del dualismo sujeto-objeto, de la teoría representacionista y del velo de las ideas. Ahora veremos que al articular estas tesis caemos inevitablemente en el escepticismo.

El problema de la tesis del velo de las ideas es que si la admitimos junto con el dualismo sujeto-objeto, nunca podremos saber si nuestras representaciones —que son sólo ideas— se adecuan o no a la realidad de las cosas, pues no tenemos forma de salirnos de nuestras ideas y tener un punto de vista privilegiado que permita comparar nuestras representaciones y los objetos.

En breve, si Locke intenta articular la tesis del realismo ontológico (existen sustancias materiales) con la teoría realista representacionista (ciertas ideas representan al objeto exactamente), y además admite el velo de las ideas, entonces la teoría lockeana está condenada a caer en el escepticismo: nunca sabremos si ‘lo que tenemos por verdadero’ es en efecto ‘lo verdadero’.

Estas consecuencias escépticas son el resultado de postular una ontología (sustancia) que vaya más allá de la epistemología (velo de las percepciones). Siempre cabrá la pregunta de si nuestras representaciones se adecuan al objeto; más aún, nunca podremos saberlo porque no tenemos ningún criterio para comparar nuestras ideas o representaciones con la naturaleza intrínseca de las cosas.



2. LA RESPUESTA ANTIESCÉPTICA DE BERKELEY

Para Berkeley, el escepticismo es la postura que sostiene la incapacidad del hombre para acceder a un conocimiento verdadero de los objetos (cf. *Tratado* I §87). Y “la causa fundamental del escepticismo es la distinción entre una realidad en sí de las cosas, independiente de su ser percibidas, y aquella realidad de la que se tiene testimonio por medio de los sentidos” (Hoyos 1992 61). Para analizar la respuesta de Berkeley, dividiré esta sección en dos partes: en la primera expondré su famoso principio “ser es ser percibido”, y en la segunda parte me detendré a mostrar la crítica que ofrece Berkeley a aquellos principios lockeanos que, según él, conducen al escepticismo.

2.1. SER ES SER PERCIBIDO

Berkeley admite, al igual que Locke, que los objetos del conocimiento humano son sólo ideas (cf. *Tratado* I §1); y además acepta que cuando varias de estas ideas sensibles se hallan unidas se las registra como una sola cosa (cf. *Tratado* I §1) (p. ej., ‘manzana’ es el nombre de la unión de cierta forma, color, tamaño, peso, etc.). Ahora bien, una idea sólo puede existir en una sustancia que la perciba o una sustancia pensante; por tanto, dichas ideas deben ser percibidas por una mente o espíritu, el cual no es una idea sino lo que hace que las ideas

mismas puedan ser percibidas. De este modo, se concluye que ninguna de nuestras ideas puede existir sin una mente que las perciba. Y de esta manera, toma sentido el famoso principio de Berkeley: “*ser es ser percibido*” (cf. *id.* §3).

En otras palabras, nuestra experiencia de los objetos externos nos muestra que ellos son sólo conjuntos de ideas sensibles. Y como una idea sólo puede existir en una substancia pensante que las perciba, entonces se concluye que *el ser o existencia de una idea consiste en ser percibida por una substancia pensante*.

2.2. RESPUESTA ANTIESCÉPTICA DE BERKELEY

Berkeley afirma que hay cuatro principios principales que llevan al escepticismo, los cuales se derivan de los compromisos realistas (ontológicos y epistemológicos) de Locke: (i) la tesis del realismo ontológico que afirma la existencia de una substancia material o no-pensante. (ii) La tesis de que hay ideas abstractas. (iii) La distinción entre cualidades primarias y secundarias. Y, (iv) la tesis (epistemológica) representacionalista (cf. Pappas 5). Vamos a analizar cada uno de ellos para mostrar la forma en que, según Berkeley, se pueden atacar las dudas escépticas.

i. Crítica a la substancia no-pensante o materia

Ya sabemos que los objetos del conocimiento humano son ideas que nos proporcionan los sentidos. Asimismo, cuando varias de estas ideas sensibles se hallan unidas tenemos lo que se conoce como ‘cosa’ u ‘objeto’.

Ahora bien, ante dichas ideas de sensación, debe existir algo que perciba y conozca estas cosas; que es lo que Berkeley denomina *mente o espíritu*. De este modo, se concluye que ninguna de nuestras ideas puede existir sin una mente que las perciba; de aquí que resulte incomprensible el hecho de que existan cosas impensadas o fuera de la mente sin ser percibidas. Siguiendo con la argumentación, se tiene que un objeto debe ser percibido por un espíritu, de lo contrario no podría existir; luego se concluye que la única substancia es el espíritu. Ahora bien, pensar que una idea existe en algo imperceptible resulta contradictorio por lo dicho anteriormente, “pues tener una idea es lo mismo que percibir” (*Tratado I §7*). De lo que se concluye que no existe una sustancia no-pensante o *substrato* material de las ideas percibidas.

No obstante, Berkeley ofrece un argumento de corte *ontológico* y uno de corte *epistemológico* para demostrar, en el primer caso, la imposibilidad de que exista la materia; y en el segundo caso, para señalar nuestra incapacidad, aun si hubiera materia, para acceder cognitivamente a ésta. Veamos:

(a) *¿Por qué no puede existir la materia?* (cf. *Tratado I §8*): se puede replicar que si bien las ideas no existen sin la mente, pueden existir cosas que se *asemejen* a las ideas que existen al margen de la mente en una substancia no pensante. Sin embargo, Berkeley responde:

- (1) *Una idea sólo puede asemejarse a otra idea.*
- (2) Si una idea se asemeja a algo ‘real’, eso real sería perceptible o imperceptible.
- (3) Si es perceptible, entonces lo ‘real’ seguiría siendo una idea.



Análisis de la respuesta antiescética de Berkeley

(4) Si no es perceptible, no podría haber *semejanza* entre la idea y la ‘cosa real’ (p.ej., un color no se puede *asemejar* a algo invisible).

La conclusión de esto es que no hay posibilidad *ontológica* de que exista una substancia no-pensante.

(b) *¿Por qué no podemos conocer la materia?* (cf. *Tratado* I §18): aun si existiera materia no podríamos saberlo ni por medio de los sentidos ni por medio de la razón. Por medio de los sentidos sólo tenemos conocimiento de nuestras sensaciones o ideas, “pero los sentidos no nos dicen que existan cosas fuera de la mente”. Y por medio de la razón tampoco podemos inferir la materia, pues ni los mismos materialistas han explicado la conexión necesaria entre mente y materia. Y además, aun si se explicara tal conexión, es posible imaginar, como sucede en los sueños, que tengamos representaciones de objetos sin la presencia de los cuerpos. Así pues, en caso de que existan cuerpos externos, jamás podríamos saberlo (cf. *Tratado* I §20).

En breve, el ataque de Berkeley a la materia se sigue de su famoso principio, y además tiene razones para mostrar la imposibilidad ontológica y epistemológica de postular una substancia no-pensante.

ii. *Las ideas abstractas*

Berkeley critica la postura lockeana de las ‘ideas abstractas’. Al parecer, el proceso de formación de tales ideas se debe a que el hombre las forma al ser capaz de considerar cada cualidad de un cuerpo por separado, aun cuando las cualidades de las cosas no existen separadas por sí mismas sino que se encuentran en un mismo objeto. Prueba de esto son las ideas abstractas que tenemos de extensión, color y movimiento, las cuales nacen de considerar que existe algo en común y semejante a cada objeto percibido. Asimismo, la mente también es capaz de abstraer ideas más complejas como el caso de la idea abstracta de hombre, animal o cuerpo. Sin embargo, Berkeley critica este proceso y arguye que en una idea como la de hombre, por ejemplo, no existe un color particular del que todos los hombres participen; es decir, que si nos piden que pensemos en la idea de hombre nos damos cuenta de que es imposible pensar en un color de piel que todos los hombres tengan, pues no todos los hombres son blancos o negros, etc; igual sucede con la cualidad de estatura, tamaño, etc. (cf. *Tratado*, Introducción § 9).

De este modo, Berkeley concluye que él tiene la capacidad de representar ideas de cosas particulares o de sus combinaciones; pero le resulta incomprendible abstraer cualidades que no pueden existir separadas de otras, y además que se puedan formar nociones generales mediante la abstracción de objetos particulares (cf. *Tratado*, Introducción § 10).

Ahora bien, ¿qué relación existe entre las ‘ideas abstractas’ y el escepticismo? La respuesta es interesante: si aceptamos que existen tales ideas, negamos el principio berkeleyano “*ser es ser percibido*”. Y si negamos este principio entonces caemos en un escepticismo de corte lockeano, pues cuando se separa la existencia de los objetos sensibles de su *ser percibidos*, sólo se realiza un ejercicio incorrecto de abstracción, llegando a considerar que los objetos existen independientemente de una mente perceptora:



¿Puede haber más flagrante abuso de la abstracción que el distinguir entre la existencia de los objetos sensibles y el que sean percibidos concibiéndolos existentes sin ser percibidos? [...]. Lo cierto es que el objeto y la sensación son la misma cosa y no pueden por tanto considerarse separadas el uno de la otra. (*Tratado I § 5*)

El problema de aceptar las ideas abstractas, es que negamos el principio “ser es ser percibido”, y si esto es así, podríamos concebir un objeto que existiera independientemente de que sea percibido —lo cual nos conduce nuevamente al problema del dualismo lockeano, pues existiría una substancia no pensante que fuera el soporte de las cualidades—.

Ahora bien, Berkeley, al negar las ideas abstractas también elimina las consecuencias anteriormente esbozadas. Sin embargo, debe responder una pregunta: si la materia lockeana era el soporte (ontológico) de las cualidades, entonces si no existe tal substancia ¿dónde quedan soportadas las cualidades? ¿Dónde existirían las cualidades? Esta pregunta nos enfrenta al tercer principio que, según Berkeley, conduce al escepticismo, a saber, la distinción entre cualidades primarias y secundarias.

iii. Crítica a la distinción entre cualidades primarias y secundarias

Recordemos que Locke, para evitar el relativismo perceptual, distinguió las cualidades primarias de las secundarias. Las primeras son inherentes al objeto y las segundas son relativas a la relación entre el sujeto y el objeto. Pero la existencia de estas cualidades supone un *substrato material que las soporte*. Sin embargo, Berkeley se deshizo de tal substancia material con lo cual se enfrenta al problema de encontrar un nuevo tipo de *soporte* para dichas cualidades en algún tipo de substancia no material. Así pues, Berkeley debe conservar estas cualidades (primarias y secundarias) y a la vez debe mostrar qué tipo de nueva substancia las soporta.

La objeción de Berkeley contra esta distinción se apoya en observar que las supuestas cualidades primarias están inseparablemente unidas a cualidades secundarias, y que además no son susceptibles de abstracción. El argumento de Berkeley se basa en el ejercicio mental de concebir la *extensión*, la *figura* o el *movimiento* (cualidades primarias) prescindiendo de cualidades secundarias, como el color, que sólo existen en la mente. El problema es que esto resulta imposible porque, por ejemplo, no podemos imaginar a un cuerpo sin color. Por tanto, “allí donde están las otras cualidades sensibles [secundarias] también deben estar las primeras [extensión, figura, movimiento], y su lugar ha de ser la mente, y ningún otro” (*Tratado I §II*). Con esto se muestra que las cualidades primarias *no existen en ningún substrato material* que las soporte, pues ellas sólo existen en una mente perceptora junto a las cualidades secundarias.

Después de esto, Berkeley trata de probar que cada una de las demás cualidades primarias también existen en la mente. Así, de la *solidez* dice que no puede concebirse sin la extensión, y por el ejercicio mental descrito arriba, se tiene que así como la extensión no existe en una substancia no-pensante, asimismo la idea de solidez sólo puede existir en la mente. En cuanto al *número*, concluye que es algo totalmente relativo y dependiente del entendimiento de los hombres, pues “la unidad se refiere a alguna combinación particular de ideas arbitrariamente reunidas por la mente” (*Tratado I §I3*). Igualmente, el movimiento existe en la mente, pues si “la sucesión de ideas en la mente se acelera, vemos que el *movimiento* parecerá más lento, sin que haya alteraciones en un objeto exterior” (*id. §I4*).



Análisis de la respuesta antiescética de Berkeley

En conclusión, estos argumentos muestran que tanto las cualidades secundarias como las cualidades primarias se hallan en la mente perceptora. Así se muestra claramente que “es imposible que cualquier color, extensión u otra cualidad sensible existan en una substancia no-pensante” (*Tratado I §15*). De esto se sigue que la distinción entre cualidades primarias —que pertenecen al objeto— y cualidades secundarias —que dependen de la relación del sujeto y el objeto— no es válida; y que todas las ideas sensibles existen en la mente. De este modo, Berkeley situó las cualidades lockeanas, ya no en una substancia material, sino en una substancia pensante.²

IV. CRÍTICA A LA TESIS REPRESENTACIONALISTA

Esta cuarta tesis está íntimamente relacionada con el dualismo sujeto-objeto —producto de postular la substancia material— y con la distinción entre cualidades primarias y secundarias. Recordemos además que preguntarnos si nuestras ideas representan fielmente al objeto es una pregunta condenada al escepticismo porque nunca podremos salirnos de nuestras propias ideas para compararlas con los objetos.

Berkeley soluciona este problema en tres pasos: (a) eliminando la substancia material, (b) redefiniendo el concepto de ‘cosa real’, y (c) asumiendo un compromiso idealista.

(a) *Eliminación de la substancia material*: de esto ya hemos hablado suficiente. Valga repetir que es imposible (ontológica y epistemológicamente) postular una substancia no pensante.

(b) *Las cosas reales*: con la crítica a la materia surge un cambio en la concepción de la realidad, pues las cosas reales ya no pueden ser substancias no-pensantes que soportan cualidades. Ahora las cosas reales sólo pueden ser un conjunto de ideas, y en tanto ideas, no pueden existir independientemente de una mente que las perciba³ (esto es consecuencia directa del principio “*ser es ser percibido*”).

(c) *El compromiso idealista*: Con lo anterior Berkeley cae inevitablemente en el idealismo. Pues si concluye que los objetos materiales —en sentido lockeano— no existen, se compromete a afirmar que lo que existe son los ‘contenidos de representación’ o ideas que están en la mente.

Articulando lo dicho anteriormente tenemos que si no existe una substancia no material —en sentido lockeano—, entonces tenemos que redefinir el concepto ‘intuitivo’ de cosa real; pero al hacerlo nos comprometemos con un idealismo que nos impide distinguir entre la ‘existencia de una realidad en sí independiente de la mente’ y una ‘realidad producto de nuestros sentidos’, lo cual era la causa del escepticismo. Por tanto, si se acepta que sólo hay una realidad empírica (o sea, que algo es real sólo en tanto que es percibido), entonces para Berkeley ya no cabe la pregunta representacionalista acerca de si nuestras ideas representan y se corresponden con la realidad.

² Nótese que una consecuencia directa de este argumento es que ya no es válido hablar de cualidades y de ideas, pues si las cualidades ya no existen en una materia, entonces todas las cualidades adquieren un nuevo estatus ontológico: *las cualidades (primarias y secundarias) ahora son ideas*.

³ Aquí viene el asunto de Dios cuya mente perceptora garantiza la existencia permanente de las cosas reales. Esto será un punto muy importante más adelante y debe ser tenido en cuenta.



Si ya no hay representacionalismo entonces no hay causa para plantear la duda escéptica: la pregunta representacionista no tiene sentido porque ahora *las ideas que percibimos no son imágenes de las cosas, sino que son las cosas mismas (las cosas son conjuntos de ideas)*.

* * *

Toda esta respuesta gira en torno a su principio “*ser es ser percibido*”, el cual nos lleva i) a la crítica de la substancia material; ii) a la eliminación de las ‘ideas abstractas’; iii) a invalidar la distinción entre cualidades primarias y secundarias; iv) a erradicar la pregunta representacionista. Y todo esto nos conduce a igualar ontológicamente nuestras percepciones y las cosas.

Desde otra perspectiva, la respuesta antiescética de Berkeley se basa en hacer coextensivas la ontología y la epistemología, pues “el objeto [lo que es] y la sensación [lo que conozco] son la misma cosa [...]” (*Tratado I §5*). De este modo, ya no existe ese dualismo lockeano de substancias que inevitablemente nos lleva al escepticismo. Ahora el ‘objeto como cosa real’ y ‘el objeto del acto de conocer’ son de la misma categoría ontológica: son *ideas*. Los objetos son conjuntos de ideas, y nosotros conocemos ideas.

3. ¿BERKELEY REFUTA REALMENTE EL ESCEPTICISMO?

En esta última sección pretendo poner a prueba la respuesta antiescética de Berkeley. Quiero ver si esta propuesta refuta *completamente* al escéptico o si la respuesta de Berkeley es parcial e incompleta. Para ello voy a enfrentar a Berkeley ante los problemas que un escéptico recalcitrante podría encontrar: i) voy a reformular la pregunta representacionista pero ahora desde una perspectiva “idealista”; ii) voy a replantear la duda del relativismo perceptual; y iii) voy a analizar el argumento cartesiano del sueño y la vigilia. Mi objetivo se centra en ver cómo responde Berkeley a estos nuevos retos escépticos y cuáles son las consecuencias de sus respuestas.

3.1. REPRESENTACIONALISMO IDEALISTA

En la sección anterior habíamos visto que Berkeley invalidaba la tesis del representacionalismo: ya no cabe la pregunta de si nuestras ideas representan fielmente al objeto, pues tanto las cosas reales como nuestras ideas tienen el mismo estatus ontológico, y por tanto ya no hay una brecha insalvable para tener conocimiento del mundo.

Sin embargo, analicemos más de cerca qué entiende Berkeley por cosas reales. Anteriormente habíamos dicho que las cosas reales ya no son substancias con cualidades. Ahora, *las cosas reales son conjuntos de ideas*. Pero si una idea sólo existe mientras es percibida, entonces ¿qué pasa con las cosas cuando nadie las percibe? ¿Acaso dejan de existir? La respuesta es un no rotundo, y el argumento es el siguiente:

¿Por qué los objetos permanecen en el tiempo y no se crean o se destruyen cuando los percibimos o no los percibimos? Esto sería verdad en caso de que nadie los perciba: “no existirían mientras no son percibidos” (*Tratado I §47*). Pero bien puede ser que otro espíritu



sea el que perciba estas ideas y con ello garantice la permanencia de los objetos en el tiempo (*id.* §48). Pero ¿cuál es ese espíritu? ¡Para nuestra sorpresa, ese espíritu es Dios!

Ahora bien, si esto es así, entonces las cosas pueden existir independientemente de nuestra mente siempre y cuando haya otro espíritu que percibe estas ideas u objetos. Con esto garantizamos que un objeto exista independientemente de *nuestras* mentes aunque necesariamente no pueda existir independientemente de *una* mente.

Ahora cabe una pregunta ingenua pero muy legítima: si Dios es quien percibe todas las cosas en todo momento ¿cómo sé que mis ideas se asemejan a las ideas de Dios? Esta pregunta es totalmente válida porque no estamos preguntando por la semejanza entre dos sustancias distintas —lo cual implica el dualismo lockeano—, sino que nos apoyamos en una premisa que el mismo Berkeley acepta: “una idea sólo se parece a otra idea” (*Tratado I* §8).⁴ Por tanto, si una idea se asemeja a otra idea, ¿cómo sé que dos ideas —la mía y la de Dios— se *corresponden* o que tienen el mismo contenido? Esta pregunta revive la tesis representacionista, pero ahora desde una perspectiva idealista.

Berkeley tiene dos opciones: i) o acepta que entre nuestras ideas y las de Dios hay una diferencia, y por tanto se mantiene la brecha entre el “objeto real percibido por Dios” y nuestra sensación del objeto. ii) O puede decir que tal brecha no existe y que nuestras ideas se corresponden con las ideas de Dios. En el primer caso el escepticismo vuelve a aparecer; así que si Berkeley quiere evitarlo debe optar por la segunda opción.

Ahora bien, a favor de Berkeley se puede afirmar que no existe una diferencia entre las ideas percibidas por Dios —cosas reales— y las ideas percibidas por mí. Es un error de interpretación pensar que se mantiene un dualismo, ya no entre sustancia e ideas, sino entre las ideas de Dios y las mías. De hecho, “el objeto y la sensación son la misma cosa [...]” (*Tratado I* §5); o sea que cuando percibimos ideas, percibimos al objeto mismo.

En conclusión, reavivar la pregunta representacionista en sentido idealista es un error, porque percibir una idea es percibir el objeto directamente. No hay diferencia entre las ideas de Dios y las ideas percibidas por la mente humana, pues es Dios quien imprime las ideas en nuestros sentidos: “[l]as ideas impresas en el sentido por el Autor son llamadas *cosas reales* [...]” (*Tratado I* §32).

Pero si lo anterior es cierto, tenemos un problema: ¿cómo explicar que yo mismo tenga distintas percepciones de un mismo objeto? Esta pregunta nos lleva al problema de la relatividad perceptual.

3.2. EL RELATIVISMO PERCEPTUAL

El relativismo perceptual es la tesis que afirma que cada persona percibe el mundo diferentemente. El problema del relativismo perceptual es que pone en duda la posibilidad de tener un conocimiento objetivo —no relativo— acerca del mundo.

⁴ De la premisa “una idea sólo se asemeja a otra idea” se sigue que las ideas se asemejan a otras ideas en tanto que comparten el mismo carácter ontológico, pero de ahí no se sigue que una idea *represente* a otra idea.



Sin embargo, Berkeley tiene un problema con el relativismo perceptual: por una parte no puede evitarlo apelando a la distinción lockeana entre cualidades primarias y secundarias que él mismo atacó; y por otra, si afirma que no hay diferencia entre las cosas reales (percibidas por Dios) y mis percepciones ¿cómo puede explicar el fenómeno de la relatividad perceptual? Aclaremos esto:

(α) *Es innegable el fenómeno de la relatividad perceptual*. Por ejemplo, nadie puede negar que la torre de lejos se ve con las puntas redondas, y de cerca se ven cuadradas; ni se puede negar que el remo en el agua se ve quebrado, o que el color del cuello de las palomas cambia dependiendo de nuestra perspectiva, o que percibimos diferente de acuerdo a nuestro estado de salud, o la incapacidad para determinar la temperatura del balde de agua en el ejemplo de Locke. En fin, miles son los ejemplos que los escépticos han dado para demostrar la tesis del relativismo perceptual.

(β) *No hay diferencia entre las cosas reales (percibidas por Dios) y las ideas percibidas por la mente humana* (conclusión de la sección anterior). O de lo contrario caemos en el problema del ‘representacionalismo idealista’.

(Ω) De (α) y (β) se sigue que las *cosas reales* —que son percibidas por Dios— son objetos con propiedades contrarias;⁵ es decir, que la torre es cuadrada y redonda, el remo se ve partido en el agua, el agua es fría y caliente al mismo tiempo, etc.

En otras palabras, si esto es así, debemos admitir todas las consecuencias del relativismo perceptual. Pero ¿qué idea es correcta si existe el relativismo perceptual? Para responder, Berkeley tiene dos opciones:

(1) Hacer una distinción entre ‘ideas primarias’ e ‘ideas secundarias’. No obstante esto nos lleva a reproducir la distinción lockeana, y además caeríamos nuevamente en el ‘representacionalismo idealista’: la pregunta acerca de qué idea mía representa la ‘idea primaria’ sería reformulada. Y todo esto lleva implícito el escepticismo.

(2) Hacer una maniobra filosófica muy comprometedora: *afirmar la tesis de que cada percepción del objeto es una percepción adecuada del objeto*.

Berkeley presenta el argumento en los *Tres diálogos*. Su estrategia argumentativa tiene los siguientes pasos:

(i) Probar que las propiedades de un objeto sólo pueden ser ideas en la mente y que no pertenecen al objeto:

(a) Aceptar el fenómeno de la relatividad de la percepción.

(b) Suponer que “si una propiedad no es inherente en realidad a ningún objeto externo, entonces ésta debe existir en la mente” (Pitcher 128).

(c) Las cualidades secundarias son relativas porque dependen de la relación mente-

⁵ De aquí en adelante haré una distinción entre cualidades y propiedades de un objeto. Por cualidad entiendo una potencia capaz de estimular los sentidos y que está en una sustancia material (al estilo lockeano). Por *propiedad* de una ‘cosa real’ entiendo una idea que hace parte de un conjunto de ideas que forman una ‘cosa’.



Análisis de la respuesta antiescéptica de Berkeley

objeto. Y las cualidades primarias también están en la mente porque dependen de las secundarias (cf. *Tratado* I §9-§15).⁶

(Q) Se concluye que las propiedades de un objeto no son inherentes al objeto y por tanto sólo pueden existir en la mente como ideas.

(ii) Dado que ninguna propiedad es inherente al objeto, entonces *se puede afirmar que lo que un perceptor perciba en cada circunstancia es una 'propiedad del objeto'*, pues no hay distinción entre propiedades reales del objeto (ideas primarias) y propiedades aparentes del objeto (ideas secundarias). En cada caso percibimos al objeto independientemente de si nuestra percepción de él varía por las circunstancias.

Pongamos un ejemplo: cuando vemos la torre de lejos vemos que tiene sus puntas redondas, y cuando la vemos de cerca tiene sus puntas cuadradas. Para Berkeley, si cada percepción es una percepción de una 'propiedad del objeto', entonces la torre tiene sus puntas cuadradas en una circunstancia y *también* tiene puntas redondas en otras circunstancias. Ambas percepciones son adecuadas del objeto.⁷

Así pues, podemos decir que el relativismo perceptual no está ligado necesariamente al problema del escepticismo; más bien, el relativismo perceptual es una prueba de que pensar en la existencia de 'propiedades inherentes en los objetos' es algo contradictorio, pues no es posible pensar en una propiedad de un objeto que no se halle en la mente. En este sentido, Berkeley usa el relativismo perceptual a su favor: lo utiliza en contra de la distinción entre cualidades primarias y secundarias para mostrar la imposibilidad de pensar en la existencia de 'propiedades inherentes al objeto' (cualidades primarias).

No obstante, recordemos que una de las consecuencias del relativismo de la percepción es que nos impide hablar de *objetividad*. Así que si Berkeley acepta este relativismo, entonces debe aceptar que "en diferentes circunstancias percibimos cosas *cualitativamente* distintas" (cf. Pitcher 172). Dado este caso ¿cómo podemos hablar de objetividad?

Berkeley responde metafísicamente: dado que Dios es la causa de nuestras ideas, y dado que es Él quien pone las ideas en nuestros sentidos (cf. *Tratado* I §33), se sigue que Él es quien da cierta unidad y orden a los objetos que perciben diferentes observadores. En este sentido, aunque varios observadores perciban cosas distintas, también es cierto que Dios, en tanto *causa común* de todas nuestras percepciones, brinda unidad y orden a nuestras ideas: "observamos que van en compañía un color, gusto y olor determinados junto con cierta consistencia y figura: todo ello lo consideramos como una cosa distinta, significada por el nombre *manzana*" (*Tratado* I §1):

[D]iferentes personas pueden percibir la misma cosa. Si se toma el término mismo en la acepción vulgar (y en manera alguna choca con los principios que mantengo), es cierto que diferentes personas pueden percibir la misma cosa; o la misma cosa o idea en diferentes mentes. (Citado en Pitcher 176: (3D III; O II 247; A 209; T 193s))

⁶ Ver la crítica a la distinción lockeana entre cualidades primarias y secundarias en la sección 2 de este texto.

⁷ Nótese que en el ejemplo anterior nunca he usado la expresión 'propiedad *real* del objeto', ni 'percepción verdadera'. La razón es que el uso de cualquiera de estas expresiones me compromete con una distinción entre percepciones reales y no reales; lo cual es una reproducción de la distinción lockeana entre cualidades primarias y secundarias. Y esto, como ya lo he dicho, lleva implícito el escepticismo.



Con esto, Berkeley señala que a pesar de que cada percepción es diferente en un sentido estricto, *numéricamente* podemos decir que varias personas perciben la misma cosa (acepción vulgar del término *mismo*). Y esto gracias a que nuestras percepciones tienen una causa común.

Aparte de esta tesis metafísica, Berkeley apela a un argumento sobre el lenguaje: una vez que vemos que ciertas ideas por lo *general* se presentan juntas, asumimos que se trata de un mismo objeto y por tanto le asignamos un mismo *nombre* (p.ej., ‘manzana’ es el nombre para un conjunto de ideas determinadas). Berkeley señala que esta referencia lingüística al objeto expresa nuestra ‘unidad referencial’. Esto es suficiente para decir que a pesar de que varios observadores perciban ideas distintas, en un sentido esos observadores tienen la misma referencia común y entienden que el conjunto de ideas que perciben generalmente unidas, es el mismo objeto que otros observadores también perciben numéricamente igual (aunque no cualitativamente igual).

Dado lo anterior, si varios observadores pueden tener una referencia común cuando expresan juicios sobre el mundo, podemos decir que Berkeley ha salvado la “unidad” del mundo y de nuestros juicios. Sin embargo, *definitivamente esto no le permite hacer “ciencia de los objetos”, pues no hay propiedades inherentes del objeto*. Pero por otra parte, Berkeley tampoco cae en el escepticismo, pues todas nuestras percepciones del objeto son percepciones adecuadas del objeto.

Ahora bien, el argumento de Berkeley es problemático en especial porque la unidad de nuestros juicios acerca de las cosas reales depende de Dios. *Así que percibimos ‘cosas reales’ sólo si Dios causa tal percepción*. Pero veamos más de cerca el concepto de ‘cosa real’:



Las ideas impresas en el sentido por el Autor son llamadas *cosas reales*, y las que son suscitadas en la imaginación, al ser menos regulares, firmes y constantes, son llamadas ideas o imágenes de cosas. Mas ocurre que nuestras sensaciones, por muy vívidas y distintas que sean, son, a pesar de todo ideas. (*Tratado I §33*)

Con esta cita, vemos que la *única* diferencia entre las cosas reales y las ideas de imaginación⁸ es que las primeras tienen más constancia, regularidad y firmeza que las últimas. Y esto debido a que Berkeley afirma que Dios es la *única* causa de nuestras percepciones de las ‘cosas reales’. Pero ¿qué sucede cuando tenemos un *sueño o alucinación* con la misma fuerza y regularidad que tenemos en la *vigilia*? O mejor ¿cómo responde Berkeley al argumento del sueño de Descartes? Esto es problemático porque las cosas reales y las ideas de la imaginación tendrían la misma constancia, firmeza y regularidad y así las cosas reales no tendrían la ‘unidad referencial’ que les habíamos dado antes.

3.3. EL ARGUMENTO DEL SUEÑO Y LA VIGILIA

El argumento escéptico del sueño y la vigilia, tal y como lo formuló Descartes, afirma que no hay manera de distinguir entre el sueño y la vigilia. Y si esto es así, es posible que todo nuestro conocimiento del mundo sea falso porque podríamos estar viviendo en un sueño.

⁸ Las ideas de imaginación son ideas producidas por la facultad de la imaginación (distinta a la facultad sensible que produce ideas de sensación). Estas ideas son menos regulares, firmes y constantes que las ideas de sensación. La importancia de la imaginación aquí recae en que si las ideas producidas por esta facultad llegan a tener la misma firmeza, regularidad y constancia que las ideas sensibles entonces no habría forma de distinguir entre las ideas producidas por los sentidos y las ideas producidas por la imaginación.

Análisis de la respuesta antiescéptica de Berkeley

Ahora bien, si el criterio de Berkeley para distinguir entre las cosas reales (percepciones de la vigilia) y las ideas de la imaginación (percepciones en el sueño) es la firmeza, la regularidad y la constancia, entonces ¿cómo explicar un sueño tan constante, firme y regular como la vigilia? Si Berkeley *acepta la posibilidad de que sueño y vigilia sean igualmente fuertes, constantes y regulares*, debe enfrentarse al siguiente argumento:

- (1) Dios es la única *causa* de nuestras percepciones de ‘cosas reales’.
- (2) Nuestra imaginación o la facultad que produzca el sueño es la causa de nuestras ideas de imaginación o de nuestros sueños.
- (3) No hay distinción entre las ideas de ‘cosas reales’ (vigilia) y las ideas de imaginación (sueño).
- (Q) Si (3), entonces no hay manera de distinguir entre la causa de las cosas reales (Dios) y la causa de las ideas de imaginación.

Ahora empalmemos este problema con el de la relatividad perceptual. Habíamos dicho que gracias a que *Dios es la causa común de las ideas*, es que nosotros tenemos una unidad de referencia y que por eso podemos decir que todos percibimos numéricamente la misma idea (aunque no cualitativamente). Pero si ya hemos mostrado, por el argumento del sueño y la vigilia, que no hay manera de distinguir entre las causas de las cosas reales y las causas de las ideas de imaginación; entonces concluimos que nuestra unidad de referencia, que creemos está garantizada por Dios, puede ser una ficción, pues la causa de esa unidad podría ser nuestra propia facultad de imaginar. Y por tanto, no hay manera de determinar si nuestras percepciones se refieren a cosas reales o a ideas de la imaginación.

Pero Berkeley podría responder:

[O]bservo que las ideas actualmente percibidas por los sentidos no tienen igual dependencia con respecto a nuestra voluntad. Si en un día claro abrimos los ojos, no está en nuestro poder el ver o el no ver, ni tampoco determinar los objetos que han de presentárenos delante. (*Tratado I §29*)

Según esta respuesta, las ideas de cosas reales no las ordenamos a voluntad y por eso no pueden ser causadas por nuestra mente. Pero sí pueden ser causadas por una mente superior que, según Berkeley, es un Espíritu Bondadoso y Perfecto. De este modo, no es posible que nosotros imaginemos cosas tan constantes, firmes y regulares como las cosas reales.

Resumamos: el argumento del sueño y la vigilia muestra que no hay manera de distinguir entre las causas de las cosas reales y las causas de las ideas de imaginación; pues el argumento cartesiano asume que *las cosas reales y las del sueño son igualmente fuertes, vivaces y firmes*. Sin embargo, Berkeley adiciona un criterio más para trazar esta distinción: *las cosas reales no las podemos ordenar a voluntad y las ideas de imaginación sí*. ¡Pero atención! Esta solución elimina la posibilidad de que nuestra facultad de imaginar sea la causa de nuestros sueños constantes, firmes y regulares, pero no elimina la *posibilidad* de que Dios sea la causa de nuestros sueños *constantes y regulares*.⁹ Y si aceptamos esto, tendremos un verdadero dolor de cabeza. Por ejemplo:

⁹ Si no aceptamos que ni Dios ni nuestra imaginación sean la causa de nuestros sueños fuertes, constantes y regulares, entonces debemos aceptar que hay un espíritu más poderoso que nosotros que produce nuestros sueños, y ese



1) Es perfectamente posible que Dios mismo nos induzca un sueño totalmente idéntico a como son las cosas reales —con las mismas leyes naturales, con los mismos signos, etc.—, y eso no iría en contra de su Infinita Bondad —pues no nos estaría engañando—, pero sí iría en contra del famoso ‘Sentido Común’, pues en ese caso realmente no habría distinción entre el sueño y la vigilia.

2) También es perfectamente posible que Dios nos induzca un sueño donde todo sea idéntico excepto que, por ejemplo, algunas cosas verdes sean rojas. Este sueño no iría en contra de su Infinita Bondad porque tampoco nos estaría engañando: recordemos que Berkeley acepta que *cada percepción del objeto es una percepción adecuada del objeto*, y por tanto, no hay algo así como las ‘propiedades inherentes del objeto’. El color no es una propiedad inherente del objeto, así que percibir rojas las hojas de un árbol no es una percepción inadecuada del objeto¹⁰ (eso mismo podría pasar con muchas propiedades de las ‘cosas reales’).

Notemos que el experimento del ‘sueño idéntico’ presupone que *no hay cambio en las leyes naturales*, o sea, entre las *relaciones* que se dan entre los objetos; y el experimento del ‘árbol-rojo’ asume que *lo único que es distinto son las propiedades de un objeto*.

Lo anterior es de gran importancia porque implica al menos dos cosas muy relevantes. La primera es que incluso en un sueño *tenemos conocimiento* de las relaciones que se dan entre los objetos. La segunda consecuencia es que no podemos hacer ciencia de los objetos porque no existen las ‘propiedades inherentes de las cosas’. Lo interesante es que el primer caso reafirma nuestra capacidad epistemológica para conocer el mundo, y el segundo está a salvo del escepticismo porque toda percepción es una percepción adecuada del objeto. En otras palabras, el argumento del sueño y la vigilia, tal y como aquí lo presento, quiere mostrar la imposibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero de los *objetos*; es decir, que pone en duda la *objetividad de las propiedades de los objetos*, pues en el sueño y la vigilia las cosas pueden aparecer muy distintas sin perder su coherencia, unidad, y constancia. No obstante, Berkeley no está interesado en alcanzar un *conocimiento de objetos*, su objetivo está en alcanzar una certeza de las *relaciones que se dan entre los objetos*, es decir de las leyes naturales que rigen el orden del mundo:

[E]l investigar estos signos [relación entre objetos] y esforzarse por comprender este lenguaje instituido por el Autor de la Naturaleza, debería ser el único trabajo del que quiere estudiar la creación. (*Tratado I § 66*, énfasis mío)¹¹

espíritu bien podría ser nuestro querido amigo “el genio maligno”. Y ese es un reto escéptico que no estoy interesado en proponer y que tal vez Berkeley tampoco quisiera enfrentar.

¹⁰ A modo de experimento mental, podríamos pensar que en otoño todos los británicos entran en un sueño debido al calor que hace. Y Dios les induce un sueño en el que todo es igual excepto porque las hojas de los árboles son rojas. Los británicos creerían que, en esta estación del año, las hojas de los árboles son rojas debido al gran calor que hace. Dios no engaña a nadie con este sueño porque simplemente las cosas reales no tienen propiedades inherentes que les pertenezcan.

¹¹ Esta afirmación está enmarcada dentro de la crítica a la relación de causa y efecto. Para Berkeley, la relación causal entre dos objetos no se debe mirar bajo la teoría de la causalidad, sino como una relación de signo y cosa significada: “el fuego que veo no es la causa del dolor que experimento al tocarlo con los dedos; es sólo una señal que me lo advierte” (*Tratado I §65*).



Análisis de la respuesta antiescéptica de Berkeley

Volviendo a los experimentos del sueño, si aceptamos la posibilidad del ‘sueño idéntico’ debemos decir que la respuesta antiescéptica de Berkeley definitivamente choca con el Sentido Común, pues el sueño y la vigilia gozarían de la misma ‘objetividad’, en tanto que las ideas de imaginación y sensibilidad son igualmente constantes, firmes y regulares. Y si aceptamos el experimento del ‘árbol rojo’ entonces debemos renunciar a una concepción *común* de las ‘cosas reales’, pues el conjunto de ideas que forman las cosas puede variar —sin compromisos escépticos— como en el caso de los árboles-rojos.

En conclusión, si asumimos que las cosas reales no las podemos ordenar a voluntad, entonces las debe ordenar Dios; luego Él también debe ordenar nuestros sueños fuertes, constantes y firmes. Y si es así, Berkeley puede responderle al escéptico pero (i) no podría hacer la distinción entre sueño y vigilia y (ii) quedaría con una noción de ‘cosa real’ muy diferente a la que nos indica el sentido común.

* * *

En conclusión, Berkeley logra responder al escéptico, ya que el hombre es capaz de obtener un conocimiento verdadero del mundo —acerca de las relaciones entre objetos—. Pero el precio a pagar es muy alto: ir en contra del sentido común.

La filosofía de Berkeley es irrefutable pero no convence
David Hume



BIBLIOGRAFÍA

BERKELEY, G.

Tratado sobre los principios del conocimiento humano, trad. Pablo Masa. Buenos Aires: Ediciones Aguilar, 1974.

PAPPAS, G.

“Berkeley and Skepticism”, *Philosophy and Phenomenological Research* 59/1 (1999): 133-149.

HOYOS, L.

“El empirismo británico”. *Lecciones de filosofía*, ed. Luis Eduardo Hoyos. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003. 163-193.

“La interpretación kantiana del idealismo de Berkeley”, *Ideas y Valores* 89 (1992): 49-83.

LOCKE, J.

Ensayo sobre el entendimiento humano, trad. Edmundo O’Gorman. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

PITCHER, G.

Berkeley, trad. Jorge Robles. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.